PERFUMAR LA CIUDAD EN LA EDAD MODERNA.*
OLORES FESTIVOS, TAN SIMBÓLICOS COMO EFÍMEROS

PERFUMING THE CITY IN THE MODERN AGE.
FESTIVE SCENTS, AS SYMBOLIC AS EPHEMERAL

PERFUMANDO A CIDADE NA ERA MODERNA.
CHEIROS FESTIVOS, TÃO SIMBÓLICOS QUANTO EFÉMEROS

CONCEPCIÓN LOPEZOSA APARICIO**
Universidad Complutense de Madrid (España)
<https://doi.org/10.46553/EHE.27.1.2025.p125-141>

Resumen

El propósito de este trabajo es poner de manifiesto la relevancia que la estimulación del olfato tuvo en el ceremonial de corte, tomando como referencia algunos ejemplos de celebraciones acontecidas en el contexto de la Monarquía Hispánica durante el siglo XVII. A partir del estudio de caso de determinadas festividades civiles y religiosas, sucedidas en Madrid a lo largo del seiscientos, se pretende mostrar la importancia que los olores y los aromas tuvieron en las complejas puestas en escena de las conmemoraciones durante la modernidad, con una afectación directa en los partícipes de los ceremoniales.

Palabras clave

Fiestas, aromas, Madrid, olfato, sensorialidad

* Fecha de recepción: 2/7/2024. Fecha de evaluación: 17/12/2024. Fecha de aceptación definitiva: 12/3/2025

** Profesora Titular de Historia del Arte en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid, IP del Proyecto I+D+i “Cultura escenográfica en el contexto hispánico de la Edad Moderna: Un enfoque holístico” (Ministerio de Ciencia e Innovación, PROYECTO/AEI/10.13039/501100011033), en el que se enmarca este trabajo. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2791-6409>. Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia del Arte, Edificio B, C/ Profesor Aranguren, s/n, Ciudad Universitaria, Madrid, España. E-mail: clopezos@ucm.es

Abstract

The purpose of this paper is to show the relevance that the stimulation of smell had in the court ceremonial, taking as a reference some examples of celebrations that took place in the context of the Hispanic Monarchy during the seventeenth century. From the case study of some civil and religious festivities that took place in Madrid during the sixteenth century, the aim is to show the importance that smells and aromas had in the complex staging of the commemorations during modern times, with a direct effect on the participants of the ceremonials.

Keywords

celebrations, smells, Madrid, olfaction, sensoriality, sensoriality

Resumo

O objetivo deste trabalho é destacar a relevância que a estimulação do olfato teve nas cerimónias da corte, tomando como referência alguns exemplos de celebrações que tiveram lugar no contexto da Monarquia Hispânica durante o século XVII. A partir do estudo de caso de algumas festividades civis e religiosas que tiveram lugar em Madrid ao longo do século XVI, pretende-se mostrar a importância que os cheiros e os aromas tiveram na complexa encenação das comemorações durante a época moderna, com um efeito direto sobre os participantes nos eventos cerimoniais.

Palavras chave

Fiestas, aromas, Madrid, olfato, sensorialidade

Los acontecimientos festivos sucedidos a lo largo de la Edad Moderna, para la exhibición pública del poder civil o religioso, se valieron de intencionados y medidos recursos para impresionar al público, tanto al vulgo como a las clases dominantes, de modo que la transmisión de ideas y apologéticos mensajes resultase tan directa como efectiva. Por ello, las escenografías asociadas a dichas conmemoraciones, vinculadas tanto a ceremonias regias, como las entradas triunfales de reyes y reinas a las ciudades o las exequias reales, así como las solemnidades religiosas, entre las que destacaron las festividades periódicas como el Corpus, extraordinarias, como las beatificaciones o las canonizaciones, u otras expresiones públicas de la fe, generaron complejas puestas en escena para evidenciar la magnitud y excepcionalidad de las efemérides. Tanto en el interior de los templos como en el marco de la ciudad, donde tenía lugar la manifestación oficial de la celebración, el propósito era interpelar emocionalmente a la concurrencia.¹

Las detalladas relaciones que refieren dichos episodios, así como los repertorios visuales que nos han llegado, aunque hoy se muestran como repertorios silentes, su detallada lectura y pautada observación, manifiestan que hubo una decidida voluntad de instar a los sentidos del espectador, si bien la consideración de los estímulos sensoriales

¹ COLTMAN, 2015, AHMED, 2015, POVRZANOVIC y FRYKMAN, 2016, ZARAGOZA, 2015.

asociados a los festejos ha sido un tema tradicionalmente obviado por la historiografía hasta las épocas más recientes.²

Ahondando en esta posibilidad de análisis, aunque las fuentes evidencian que la vista resultó el sentido por excelencia, por la inmediata capacidad de transmitir la emoción derivada de la contemplación, el resto de las emociones jugaron un papel igualmente importante en el desarrollo de las solemnidades. La observación de tales espectáculos se enaltecía con la música siempre presente, activando la atención auditiva de la concurrencia, acompañadas armonías que convivían con otras muestras sonoras que, fruto de la sorpresa, el asombro y el júbilo, generaban los presentes. Del mismo modo las emociones táctiles afloraban tanto por la referencia visual que ofrecían los tejidos más diversos, expuestos en forma de tapices, vestimentas, indumentarias, estandartes o banderolas, presentes en los itinerarios o incluso por el contacto directo de los partícipes con las telas. La estimulación gustativa derivaba de la presencia de alimentos que, como el pan y las frutas, eran frecuentes en los altares o en las composiciones que dignificaban los recorridos, así como en las fuentes de miel o vino que se ofrecían al público durante los festejos. La conexión de los cinco sentidos que se alcanzaba durante las celebraciones de los ceremoniales, tanto en el espacio público, como en el interior de los recintos religiosos, generó una auténtica experiencia multisensorial en la que el olfato ocupó un lugar especialmente relevante.³

A pesar de haberse considerado un sentido de menor importancia respecto al resto y, principalmente frente a la vista, las investigaciones científicas han considerado al olfato como el sentido por excelencia, al ser la vía de comunicación primigenia del ser humano con el medio, aunque eclipsado por el resto de los sentidos, conforme se va evolucionando a la vida adulta.

Por ello, no resulta extraña la voluntad de generar ambientes aromáticos con los que transmutar tanto la trama urbana como el interior de iglesias y palacios, durante el transcurso de los festejos, fragancias con las que crear metáforas olfativas simbólicas que de la misma manera que el resto de los elementos que componían los efímeros eventos, permaneciesen en el recuerdo individual y colectivo, como evocación de tan extraordinarios acontecimientos sucedidos.

Como describen las relaciones, las flores más diversas, las plantas odoríferas, las aguas de olor, la cera, el incienso o los aceites perfumados compusieron un embriagador universo de aromas, sugestionando a los presentes y permitiéndoles asociar determinados olores con conceptos como la virtud, el poder o la santidad. Además de toda suerte de recursos generadores de fragancias, otros estímulos sensoriales favorecieron la activación de las glándulas olfatorias. La percepción visual resultó especialmente solícita al servicio del olfato, permitiendo la capacidad de oler con los ojos, fruto de la interconexión sensorial o impresión sinestésica. La reiterada recreación de vergeles reales, aunque temporales o fingidos, tanto en la urbe como en el interior de las iglesias, permitió el fingimiento de un paraíso tan simbólico como fragante. Del mismo modo los jardines efímeros, que como las arquitecturas temporales dignificaron enclaves destacados del itinerario festivo, otorgaron con sus flores y plantas un ambiente perfumado a la ciudad, completamente ajeno a su realidad cotidiana.

² Ver, oír, tocar, oler y gustar fueron intenciones señaladas por el propio Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales* para llegar de la manera más directa a los afectos del fiel. Al respecto, VAZQUEZ GESTAL, 2020, 161-162.

³ ROODENBURG, 2024.

Partiendo de estas premisas, el propósito de este trabajo es insistir en la significación que la estimulación del olfato y la presencia de olores y aromas tuvo en el ceremonial de corte, tomando como referente argumental algunos ejemplos ligados a ciertas celebraciones, civiles y religiosas, sucedidas a lo largo del siglo XVII en el contexto de la Monarquía Hispánica.

Frente a la vista y el oído, el resto de los sentidos han contado con una escasa atención en las investigaciones referidas a eventos festivos de la Edad Moderna, si bien en los últimos tiempos se viene señalando que, para lograr el entendimiento global de la fiesta, en tanto que complejo acontecimiento performático y multisensorial, resulta preciso atender a todas las emociones que resultaron afectadas, con la intención de interpelar al espectador, y transmitir de la manera más eficaz y sugerente los mensajes que tales programas llevaban asociados.⁴

A pesar del avance que paulatinamente se ha ido produciendo respecto a sensorialidad en los ceremoniales, el olfato sigue siendo el sentido que menos atención ha suscitado en los análisis histórico-artísticos, a pesar de ser el que, como indicábamos, mayor capacidad de evocación e impacto tiene sobre la memoria.⁵ Sin su consideración, del mismo modo que sin la contemplación de las evocaciones relativas al gusto y al tacto, la comprensión del fenómeno festivo en la modernidad resulta claramente incompleto. Quizás la falta de interés se haya debido a la connotación negativa que el sentido del olfato ha tenido desde épocas pretéritas

“Del sentido del oler, no hay que decir; porque traer olores, o ser amigo de ellos, además de ser una cosa muy lasciva y sensual, es cosa infame, y no de hombres sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres”.⁶

La relectura de algunas de las relaciones y repertorios visuales que se han conservado sobre celebraciones tanto de naturaleza civil como religiosa, ocurridas en Madrid a lo largo del siglo XVII, refieren la presencia de aromas y perfumes, con evidentes connotaciones simbólicas, acaso fruto de la intención de concordar memoria y emoción a través de la consecución de un ambiente bienoliente. En todas las descripciones de los fastos, que permiten una detallada recreación, las alusiones al olfato son constantes, tanto relacionadas con la celebración de la liturgia como las relativas a los episodios acontecidos en la ciudad, durante el curso de la parte pública. A la luz de los testimonios, resulta evidente que la persuasión de las emociones del espectador a través del olfato constituyó una intención claramente perseguida, de modo que, como el resto de los estímulos sensoriales, debemos tener en cuenta.

Entre las fiestas religiosas que componían el calendario litúrgico de la Edad Moderna, las beatificaciones y las canonizaciones fueron las festividades más destacadas en el ámbito de la Monarquía Hispánica durante el seiscientos, con especial resalte en la Corte. Recurriendo a la tradición y como excepcional ejemplo de arte dirigido, el barroco instrumentalizó el sentido del olfato, así como el resto de los sentidos, como mecanismo de seducción durante las solemnidades, impregnándolo de connotaciones morales. Desde la Antigüedad se venía distinguiendo entre buenos y malos olores, asociándose a la bondad y a la maldad respectivamente.⁷

La consolidación de las connotaciones aromáticas fue *in crescendo*, de modo que mientras que lo malo, lo negativo se fue asociando con lo apestoso, claramente vinculado

⁴ GONZÁLEZ ROMÁN, 2019, VÁZQUEZ GESTAL, 2020.

⁵ LARREA, 1997, SYNNOTT, 2003, KUKSO, 2019.

⁶ Así refería Fray Luis de Granada en su *Guía de pecadores* de 1556, IWASAKI, 2016, 61-116.

⁷ DE LA VEGA, 1999.

a lo nocivo, los aromas considerados agradables se fueron coligando con la idea de santidad y el paraíso.⁸

La tradición daba buena cuenta de ello. El mismo Creador instó a Moisés a elaborar el perfume purificador, proporcionándole la fórmula precisa, que contendría fragantes ingredientes como la mirra, el cinamomo, la caña aromática o el aceite de oliva.⁹ Era preciso obtener una esencia balsámica, que complaciera tanto a Dios como al resto de los mortales y que permitiera asociar simbólicamente el perfume a la figura de Cristo.¹⁰ La referencia a la santidad divina quedaría definida a través de los aceites de unción, que a partir de entonces persistirían en la cultura occidental, con una presencia constante en los principales eventos religiosos, si bien la evocación a la santidad se lograría a través de recursos diversos.

La beatificación de san Ignacio de Loyola suscitó fiestas extraordinarias en Madrid en 1609.¹¹ Tal como se recoge en la detallada relación del evento, el ambiente festivo y la expresión de la alegría en la ciudad se manifestó de múltiples maneras, como venía siendo habitual. Los fuegos de artificio, presentes en cualquier celebración, fuese cual fuese su naturaleza, civil o religiosa, durante varias jornadas provocaron el asombro de los asistentes. Los cohetes y luminarias crearon un espectáculo multisensorial al aire libre que, con la obvia implicación de la vista y el oído, no resultó indiferente al olfato. El característico olor a pólvora era una de las consecuencias de los fuegos de artificio, generando un particular ambiente odorífero que calaba en la memoria como evocación permanente de tan fugaces exhibiciones, un olor puntual que se mezclaba con los olores habituales de la Villa.¹²

En el interior de la iglesia de la Compañía, donde se celebraron los principales actos litúrgicos como parte de los programas organizados, se creó del mismo modo un evocador ambiente aromático, con la disposición de variados y suntuosos objetos en torno al altar

“muchas velas con candeleros de plata, muchos pebeteros con sus pebetes ardiendo y ramilletes y en el suelo tres braseros grandes de plata con sus cubiertas enrejadas con pomos y cazoletas y dos blandones de hachas que allí ardían”.¹³

La quema de incienso, aceites, junto con el olor de la cera derretida permitió tramsmutar el espacio físico del templo en un contexto simbólico alusivo a la santidad.

El empleo de piezas especialmente diseñadas para la difusión de fragancias, asociadas a simbólicos conceptos resultó igualmente recurrente durante las fiestas de canonización en honor a san Isidro, celebradas en 1622, en la madrileña iglesia de San Andrés, según refiere el mismo Lope de Vega, autor de la narración.¹⁴ Arquitecturas efímeras, pirámides y numerosos altares ennoblecieron el itinerario festivo. Las fragancias y esencias tuvieron un papel protagonista en la conmemoración. El olor estaba especialmente unido a la propia tradición del santo.¹⁵

⁸ TULLETT, 2023.

⁹ ÉXODO 30: 22-38.

¹⁰ GUIANCE, 2009, 131-161.

¹¹ *Relación de la fiesta de N. P. S. Ignacio que en Madrid se hizo a 15 de noviembre de 1609.*

¹² Sobre las transformativas aromáticas de la ciudad, RAMOS, 2020, 8-24.

¹³ *Relación de la fiesta, op. cit.*, 69-71.

¹⁴ VEGA Y CARPIO, 1622. SÁNCHEZ-JIMÉNEZ, 2022. PONCE CÁRDENAS, 2022, 1-346. CAMPOS, 2022, 509-542.

¹⁵ GUIANCE, 2009, 150-154.

Tal y como se recoge en el Códice de Juan Diácono,¹⁶ cuando san Isidro se apareció a los fieles indicándoles la conveniencia de exhumar su cuerpo y trasladarlo a la iglesia de San Andrés, estos, tras retirar la tierra, se encontraron “su cuerpo intacto y sin daño, y su mortaja en buen estado y entera, desprendiendo un suave olor de incienso”¹⁷, una fragancia que sería reiteradamente referenciada,

“Ya exhalan su olor los puros perfumes en la sagrada morada del Señor y la gratisima tumba del justo varón, próxima por la bondad de Dios, digna del ejército celestial, está inundada de olor semejante”.¹⁸

lo que refleja una manifiesta intencionalidad de asociar este aroma con conceptos como la virtud y la bondad.

El perfume que emanaba del cuerpo del santo labrador sería por tanto la señal de su santidad. La facultad del incienso para interceptar cualquier sospecha de pestilencia a pesar del tiempo transcurrido desde su defunción y enterramiento, lo desvinculaba de cualquier atisbo de hedor, y por tanto a salvo de connotaciones asociadas a olores nocivos, relacionados con acciones poco ejemplares. Esto sería probablemente la razón que justificaría el protagonismo concedido al incienso en todas las celebraciones organizadas en su honor. Los incensarios permanentemente activos y humeantes en el interior de la capilla creaban el ambiente envolvente e íntimo, el embriagador contexto que favorecía la reafirmación de la fe y adhesión al patrón, a través de una interpelación sensorial directa al sentido del olfato, resultando igualmente efectivas la estimulación de la vista y el oído, a través de las decoraciones del templo y el repertorio musical concebido para la ocasión. Desde la Antigüedad, las diferentes religiones venían empleando el incienso en las ceremonias como símbolo de distinción divina dirigida a los dioses.¹⁹

A pesar de las voces en contra, la Iglesia católica consintió el uso de la gomorresina fragante en la liturgia como elemento purificador y testimonio simbólico, en honor a la majestad suprema de Dios.²⁰ Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se hace alusión al uso místico del incienso como emblema de la oración, “Que mi oración suba ante ti como el incienso y mis manos como la ofrenda de la tarde”.²¹

Más allá de la consideración alegórica, la percepción visual y olfativa del humo provocada por la combustión de la esencia, resultó tan eficaz como hipnótica para visualizar la presencia figurada de la divinidad. Lo etéreo del humo y el aroma embriagador resultaban el tándem perfecto para imaginar la unión entre la tierra y el cielo, a través de la liturgia, y percibir sensorialmente la presencia de Dios. Del mismo modo el humo simbolizaba la fe, cuya fragancia evocaba la virtud cristiana,

“Y vino otro Ángel que se ubicó junto al altar con un incensario de oro y recibió una gran cantidad de perfumes, para ofrecerlos junto con la oración de todos los santos, sobre el altar de oro que está delante del trono. Y el humo de los perfumes, junto con las oraciones de los santos, subió desde la mano del Ángel hasta la presencia de Dios”.²²

¹⁶ DIÁCONO, 1993. ALVAR EZQUERRA, 2022, 11-65. DE AGUINAGA, 2011, 249-261.

¹⁷ DIÁCONO, 1993, *op. cit.*, 122.

¹⁸ DIÁCONO, *op. cit.*, 135.

¹⁹ Resulta interesante evidenciar que, si bien la presencia del incienso fue una constante, cada uno de los credos le otorgó un simbolismo, TULLETT, 2023.

²⁰ GRAU-DIECKMANN, 2003, 75-92.

²¹ Salmo 141,2.

²² Apocalipsis 8,3-4: https://www.bibliacatolica.com.br/es/el-libro-del-pueblo-de-dios/apocalipsis/8/#google_vignette

Ateniéndonos a esta referencia, así como a la preeminencia del sentido del olfato en esta celebración, resulta ciertamente sugestivo el programa ideado por Sebastián de Herrera Barnuevo para decorar la capilla construida en conmemoración de san Isidro, mediando el seiscientos en la iglesia de San Andrés. Siguiendo fielmente el relato, un ángel arrodillado formando parte del retablo, dirigía su incensario hacia el altar,²³ la secuencia que podría corresponderse con el dibujo de un ángel portando y accionando el sahumador que lleva en su mano, conservado en la Biblioteca Nacional de España.²⁴

La importancia del incienso en estos ceremoniales y en consecuencia la estimulación olfativa derivada de su uso quedó refrendada en 1691, momento en el que se define con detalle y de manera pautada el empleo y uso del incienso en los oficios.²⁵ La incensación quedaba reservada para los días destacados, siendo estos los domingos y días grandes. El acto de santificar el espacio con el incienso se relacionaba de manera alegórica con los elementos que integraban la capilla. El baldaquino como referente principal sería por tanto el primer ámbito al que el sacerdote debía dirigir el incensario, para de ese modo orientar la fragancia directamente hacia las reliquias del santo, y con ello lograr la consiguiente purificación. A continuación, se incensarían el resto de los altares que ornaban el templo, en presencia de las autoridades eclesiásticas, diácono y subdiácono. Por último, se incensarían el facistol, los ciriales y las sagradas formas. Como correspondía al rito, las potestades presentes en la ceremonia también serían incensados, como el resto de los cargos políticos presentes en la capilla.²⁶

Este acto de purificación metafórica, tan detalladamente reglado con el incienso como protagonista, pone de manifiesto la importancia del componente olfativo en el desarrollo de la liturgia, asociado a la connotación simbólica del acto y significación de los aromas. Claramente, en el proceso de transmisión de la fe, resultaba de gran eficacia la complementación entre el rito, la imagen religiosa y el olor a santidad, sin olvidar el resto de las provocaciones sensoriales, la auditiva a través de la interpretación de los salmos, la visual absolutamente obvia, la táctil vinculada tanto a los ropajes de los sacerdotes como a los tejidos decorativos del templo, sargas, tapices u otras telas, así como el gustativo presente en el acto de la comunión. De este modo la celebración en su dimensión global constituía una experiencia intersensorial completa, consecuencia de la unión simultánea de los diferentes sistemas perceptivos.

La activación de la pituitaria durante las festividades no se limitó al interior de los recintos religiosos, sino que los perfumes y fragancias estuvieron presentes también en el exterior de los templos, en el espacio público, contribuyendo igualmente a la transformación del ambiente y de los olores cotidianos. Los altares, así como otros recursos temporales dispuestos en los diferentes enclaves del itinerario festivo, dignificando temporalmente la urbe, incorporaron tanto flores frescas como simuladas, plantas aromáticas, así como velas, candeleros y sahumadores, generando un ambiente

²³ Herrera Barnuevo, S. (1659). Proyecto para el baldaquino de la capilla de San Isidro, en la iglesia de San Andrés de Madrid (detalle) [Dibujo sobre papel verjurado amarillento]. Biblioteca Nacional de España. Fuente: BNE DIB/13/2/80. <https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000019107>

²⁴ Herrera Barnuevo, S. (c. 1659). Ángel arrodillado con incensario [Pluma, tinta y aguadas pardas sobre papel verjurado amarillento]. Biblioteca Nacional de España. Fuente: BNE DIB/18/1/1685 <https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000183221;jsessionid=7C370A6147C4D64A3F925F275013BF70>

²⁵ Ceremonial de Sagradas Ceremonias conforme à la Rubricas del Missal, y Breviario Romano, y Autores clasicos, que se han de observar en la Real Capilla de Señor San Isidro Labrador, Patron de esta Villa de Madrid (1691). Madrid. <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.5326652028yview=1upyseq=1yskin=2021> , fol. 9v.

²⁶ *Ibidem*.

sensorial tanto en puntos concretos de la trama urbana como en las propias procesiones, en las que el humo de las velas y el consiguiente olor de la cera derretida, junto con el incienso siempre presente, acentuaron la fragancia a santidad perseguida en la fiesta.

Especialmente odorífero debió ser el jardín y la huerta que los hortelanos madrileños compusieron en la plaza de la Cebada para honrar a san Isidro, “obra de muchos días, y no como muchos piensan de una noche”, una alusión evidente a la propia condición del santo labrador.²⁷

Una gran variedad de flores, frutos y hortalizas confirieron una imagen tan inédita como efímera a un enclave ligado desde antiguo a la actividad comercial y al intercambio de productos, si bien ajeno a la imagen del fragante vergel, de agradables y frescos aromas, alejado de los efluvios habituales.

Del mismo modo especiales debieron ser los aromas vinculados a los carros triunfales que integraron la procesión organizada para glorificar al santo. Cuatro carrozas concebidas como la escenificación de los cuatro elementos compusieron la comitiva, generando un espectáculo performativo, de estimulación sensorial, en la que destacaron especialmente los sentidos del gusto y olfato con una clara repercusión en los afectos de la concurrencia.²⁸

Desde el carro que simbolizaba la tierra, se lanzaron flores y frutas a los presentes, mientras que desde la carroza que representaba el agua se esparcieron aguas de olor, cuyos aromas y agradables fragancias con evidentes connotaciones purificadoras del ambiente celebrativo, permitían una mutación odorífera de la ciudad, del mismo modo que las arquitecturas efímeras y altares contribuían a la alteración visual de la Villa.

Los fuegos de artificio fueron igualmente una de las expresiones de júbilo de la celebración. Su fugacidad no restaba interés al ingenio multisensorial por excelencia, siendo precisamente su condición efímera lo que les confería el principal atractivo. Tres días de pólvora, con el consiguiente impacto visual, conmoción acústica y por supuesto sensación olfativa generada por las explosiones, se sucedieron durante las fiestas de canonización en honor a san Pedro de Alcántara celebrada en Madrid en junio de 1669, con fuertes similitudes respecto a las del santo labrador.²⁹

Los actos litúrgicos tuvieron lugar en la hoy desaparecida iglesia de san Gil inmediata al Alcázar. El templo se transformó con la disposición de telas y lienzos cuajados de flores “en florido Paraíso y ameno pensil”, si bien en la minuciosa relación, no solo se describe con detalle la recreación visual del interior del templo trasmutado, sino que explícitamente se hace alusión a la fragancia del ficticio vergel “oloroso y florido”, trasladando el paraíso al ámbito terrenal, cuajado de ilusorias flores y fragancias generadas por especies especialmente aromáticas, como tulipanes, rosas, jazmines, azahar, nardos, azucenas, mosquetas y claveles, emblemas al tiempo de la castidad, martirio o virginidad, decoraciones que se iniciaron más de un mes antes.³⁰

Las cornisas del templo se remataron con la recreación de frondosos rosales cuajados de rosas blancas y rosas, tan repletos que sus ramas parecían desgajarse.³¹

Las dos capillas inmediatas quedaron igualmente cubiertas de suelo a techo de lienzo pintado de azul “bordado de flores rojas asistidas de jazmines”. La cúpula del templo, decorada con ramilletes y flores variadas, se remató con un gran tulipán, una

²⁷ VEGA Y CARPIO, prólogo, fol. 15v.

²⁸ VEGA Y CARPIO, *op. cit.*, prólogo, fol. 18v.

²⁹ DE HUERTA, A., y DE ESCAÑUELA, 1670, LOPEZOSA, 2009, 143-146, GÓMEZ, 2014.

³⁰ DE HUERTA, *op. cit.*, Capítulo III. Adorno de la iglesia.

³¹ DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 11.

especie de aroma fresco y floral, con claras connotaciones simbólicas. Los blancos remitían a la pureza, metáfora de la renovación y transformación.³²

La transformación floral del templo, donde el arte excedió la imitación de todas las flores, formando un compuesto, con tal gracia, que le invidio espiritual la naturaleza”,³³ a pesar de su carácter fingido, suponía una clara sugestión al sentido del olfato, derivándose de su contemplación una evidente sensación fragante.

Durante dos semanas se sucedieron las solemnidades en honor al santo franciscano, durante las cuales se consumieron más de tres mil libras de cera. Más allá de la cifra que refleja la capacidad de poder organizar unas fiestas que dejaran honda huella, la presencia ininterrumpida de velones ardiendo impregnaría el templo de los singulares aromas de la cera derretida, conforme se referencia explícitamente en la relación, “Olor del derramado unguento en casa de Simón, que pondera san Lucas llena de gloria la casa y aquí de un celestial olor”.³⁴

Además de las velas, se referencian en el texto los objetos dispensadores de perfumes como incensarios o braseros que permitieron la consecución de los embriagadores ambientes de devoción

“Aquí se texio de purísimas aromas sobrepuestas en incensarios y extraordinarios braseros en que inflamado se condensaba el ayre todo... sonaba el incienso casi con voz entre otros perfumes, Bolava con humos de presumida alabanza” “... cuya natural fragancia servía de pebete al culto y de regalo al sentido”.³⁵

Al igual que en los casos anteriores, las fiestas en honor a san Pedro de Alcántara tuvieron los correspondientes episodios en la trama urbana, convertida en el principal proscenio de la celebración, en la que transcurrieron las procesiones como exhibición pública del júbilo y afianzamiento de la fe. Todo el itinerario de la procesión se enramó de juncia y verbena y espadaña, que cubrieron las aromatizadas calles construidas, con carácter temporal, y hermoeadas con flores diversas que provocaban intensas fragancias, que se acentuaban en enclaves concretos.³⁶

Como parte de las estructuras efímeras cuidadosamente dispuestas por la geografía de la fiesta, especialmente destacados resultaron los veinte altares emplazados en diferentes enclaves del recorrido. El carácter multisensorial de estas fábricas, supusieron el principal reclamo de las estructuras “La hermosura y opulencia de su riqueza, las luces, los olores y la música”.³⁷

Muchos de estos tabernáculos, estructurados en varios cuerpos en altura, se organizaron precedidos de una “primavera simulada, compuesta de diferentes flores, entretejidos los colores de la pintura que parecía ramillete de flores naturales”.³⁸ Candeleros, pinturas de naturalezas muertas y flores naturales en ramilletes intercalados generaban “la natural fragancia que servía a un tiempo de pebete al culto y de regalo al sentido”.³⁹ En algunos altares, como en el de Nuestra Señora de la Merced, se dispusieron

³² DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 12.

³³ *Ibidem.*

³⁴ DE HUERTA *op. cit.* Capítulo IX Del sagrado aparato con que se celebraron dos solemnidades octavas.

³⁵ DE HUERTA, *op. cit.* Capítulo VI. Descripción de los altares.

³⁶ LÁZARO É IBIZA, 1905.

³⁷ DE HUERTA, *op. cit.*, Capítulo VI. Descripción de los altares, arcos triunfales y adorno de las calles para la procesión, fol. 19.

³⁸ *Ibidem.*

³⁹ DE HUERTA, *op. cit.*, Capítulo VI. Descripción de los altares, arcos triunfales y adorno de las calles para la procesión, fol. 20.

braseros de plata “cuyas encendidas brasas, eran pirámides, penachos de fragantes rosas, que hacían vista a cinco altares de plata”,⁴⁰ favoreciendo la santificación aromática de un enclave concreto del itinerario, que se acentuaba al paso de la procesión.

La variedad de flores y la mezcla de las especies naturales con las texturas de las fingidas, plata o seda principalmente, favorecía la confusión propia del barroco, ilusión o realidad para sorprender al espectador. En el altar de los padres carmelitas levantado en la calle de san Cristóbal, seis candeleros dispuestos sobre la mesa se enlazaban entre bellas mazorcas de rosas artificiales. En el altar se combinaban las flores frescas con los ramilletes de seda, rematándose con un arco de flores sobre el que se dispuso la Corona Imperial.⁴¹

Rosas y claveles alhajaron el altar de san Felipe Neri situado en la calle Mayor.⁴² Una de las estructuras de mayor impacto sensorial debió ser la financiada por el convento de la Trinidad, concebida como un jardín fundado en torno a una higuera y gran variedad de “arboles ... naranjos, limones y pimientos, tiestos de claveles, y otras hierbas, con que la vista se recreaba”,⁴³ en el que la connotación olfativa no podía obviarse. El jardín estaba cercado con lienzos pintados con diferentes motivos, vegetales y florales en los que no faltaron aves entre las ramas. En el centro del vergel se ubicó una fuente de jaspe, ornada a su alrededor con plantíos de flores naturales, “que por sus cuadros y parterres divididas, parecían allí nacidas”.⁴⁴

Todos los jarrones de plata que decoraban los altares exhibían ramos de flores naturales, cuya presencia también resultó recurrente para transmutar temporalmente los elementos permanentes de la ciudad. La fuente emplazada frente a la Cárcel de Corte se cubrió de flores y rosas “parecía una eterna primavera... formando entretenida labor y frondoso jardín”.⁴⁵ Sobre el pilón se dispusieron tiestos de tulipanes, rosas, claveles y jazmines, así como naranjos y arboles con fruta “pareciendo un ameno pensil, oloroso y florido”,⁴⁶ una atractiva composición que, como el ornato de la Cárcel de Corte, corrió a cargo de los escribanos de la Villa.

La intención de recrear el fragante Paraíso no se redujo al interior de los templos por las consiguientes connotaciones del espacio sagrado. En el altar de la Casa Profesa, en las inmediaciones de la plaza Mayor, se recreó una gruta, con calles de cipreses de seda y jardines “pareciendo un hermoso paraíso”.⁴⁷

En la plaza de la Villa se formó otro jardín que “respiraba fragancia de muchas y diversas flores”. La fuente se cercó con arcos de hiedra en los que se dispusieron pinturas de “Payses de Flandes, calles frescas cuajadas de murta y flores... pareciendo que habían trasladado las amenidades de Chipre a esta odorífera estancia poblada de árboles, y naranjos”.⁴⁸

En la puerta de la iglesia de san Gil se recreó otro vergel “con cuadros matizados de olorosas y diversas flores y cercado de naranjos”,⁴⁹ reforzándose los aromas con la presencia del azahar.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 23.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 24.

⁴⁴ DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 25.

⁴⁵ DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 27.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ DE HUERTA, *op. cit.*, Capítulo VII, Prosiguese el referir la riqueza, y hermosura de los otros altares; y aderezo de las calles., fol. 50.

⁴⁸ DE HUERTA, *op. cit.*, Jardín y fuente en la plaza de la Villa, fol. 33.

⁴⁹ DE HUERTA, *op. cit.*, fol. 37.

Las celebraciones sucedidas en una ciudad embellecida en el itinerario oficial con aromáticos altares e intervenciones situadas en enclaves concretos tuvieron su momento más solemne en la procesión que recorrió una ciudad transmutada, con la presencia de calles enramadas, y ornada de flores y hierbas olorosas. Grupos de niños acompañados de gigantones abrieron la procesión, portando sobre sus cabezas guirnaldas de hiedra, laurel y flores, ineludibles símbolos de pureza, si bien también generadoras de agradables fragancias.

La mutación aromática de la ciudad fue habitual durante las celebraciones religiosas, siendo uno de los rasgos que caracterizó a las fiestas del Corpus, la conmemoración religiosa más importante del contexto hispánico. De tradición medieval la exaltación de la eucaristía alcanzó gran notabilidad en Madrid en el siglo XVII. La ausencia de obispado en la corte favoreció el protagonismo de la institución municipal respaldando la fiesta, financiando la custodia y generando un ceremonial que alcanzó su máxima expresión en el marco de la ciudad, donde lo sacro y lo profano, favoreció una celebración cada vez más popular. Las fuentes documentales y los testimonios visuales conservados permiten constatar el universo de aromas que aunaba la procesión entorno a la custodia. Flores y plantas aromáticas, como el cantueso o el tomillo alfombraban las calles que integraban el recorrido de la procesión. El adorno con ramas y plantas aromáticas de todas las calles y plazas del recorrido generaba un ambiente excelso y espiritual. No sólo se buscaba el efecto olfativo al pisar las alfombras vegetales dispuestas en la trama urbana, sino que la naturaleza olorosa se hacía evidente en las ventanas y balcones cuajados de ramas y guirnaldas de flores y hojas aromatizadas. El ambiente embriagador se potenciaba con el incienso que impregnaba igualmente el recorrido a través del aroma que dispensaban los sahumerios que portaban algunos de los partícipes. La interpelación olfativa, se enaltecía con otros recursos como el agua de olor que las mujeres, que no participaban en la procesión, arrojaban desde los miradores,

“Todos los balcones están sin celosías, cubiertos de tapices, llenos de ricos almohadones con doseles. Hay un toldo tendido que pasa de un lado a otro de la calle, que impide que le sol incomode. Riegan el toldo a fin de que esté más fresco; todas las calles están enarenadas, muy regadas y llenas de una cantidad tan grande de flores, que no es posible andar sobre otra cosa. No van mujeres a la procesión. Todas las damas se visten ese día con sus trajes de verano; aparecen muy adornadas en sus balcones, teniendo en ellos castillos llenos de flores o botellas llenas de agua de olor, y las arrojan cuando pasa la procesión”.⁵⁰

Como en el resto de las celebraciones, el carácter simbólico y purificador de estos elementos contribuía a crear un universo de fragancias completamente ajeno a los olores y hedores cotidianos. Del mismo modo que la arquitectura efímera se empleaba para dignificar visualmente la ciudad, engrandecerla y magnificarla, las esencias, igualmente temporales, permitían la mutación del ambiente oloroso que, a buen seguro, perviviría en la memoria olfatoria como recuerdo puntual de unos perfumes muy distantes a los olores de una ciudad, carente de urbanización, acostumbrada al tránsito animal con sus correspondientes hedores o a prácticas como la célebre agua va, elementos asociados a exhalaciones poco gratas. De este modo, los diferentes efluvios se irían archivando en el recuerdo, asociándose determinados aromas con celebraciones concretas e incluso a momentos específicos dentro de cada una de las festividades.

⁵⁰ *Relación del viaje*, 1986, DE LA CAMPA CARMONA, 2003, 161-174.

Esta transformación temporal, visual y olfativa de la ciudad fue habitual en todas las celebraciones religiosas de la Edad Moderna. Un ejemplo especialmente esclarecedor, como constatan los repertorios visuales conservados, fue la procesión de la virgen del Sablón y del Omengang, festejada desde 1615 a instancias del gremio de los ballesteros de Bruselas. En las referencias alusivas a esta conmemoración se obvia esta particularidad, a pesar de los elementos que claramente aluden a ello. Como se puede observar en las obras que narran visualmente la celebración, de excepcional carácter narrativo y descripción preciosista, el suelo de la plaza por la que transcurre la procesión aparece visiblemente cubierto de hierbas, seguramente aromáticas, de modo que el ambiente olfativo se hace claramente evidente y resulta innegable en la contemplación de los cuadros.⁵¹

Más allá de la minuciosa visualidad con la que se describe el acontecimiento, podemos localizar a las mujeres que se encargaban de ir rellenando las calvas que el transcurrir del desfile iba provocando en el recorrido vegetalmente alfombrado, encargándose de ir reemplazando las mermas, con otras plantas, a fin de mantener en perfectas condiciones la superficie natural. Pero si de interés resulta el tapiz vegetal del suelo, especialmente destacado es el jardín vertical que muestran las enramadas fachadas de las casas que conforman el perímetro de la plaza, cuya evocación aromática, además del delite visual, se hace del mismo modo evidente.

Del mismo modo que en las celebraciones religiosas la evocación de aromas se asoció manifiestamente a complejos conceptos como la santidad, bondad o buenas acciones, identificados con olores agradables, hubo otras ocasiones en las que la estimulación olfativa también estuvo presente, interpelando igualmente los sentidos y afectos del espectador. La ciudad se transformó periódicamente en proscenio para la exhibición pública del poder. Especialmente destacadas resultaron las puestas en escena ligadas a la conmemoración de entradas triunfales de reyes o reinas tanto en la Corte, como en otras ciudades del imperio hispánico, así como con motivo del recibimiento de personalidades ilustres. La entrada de María Luisa de Orleans en 1680 se manifestó como un claro ejemplo del empleo de recursos olfativos, al servicio de la fiesta regia.⁵²

El acceso oficial de la soberana a la Corte, como había sucedido desde finales del siglo XVI, generó una de las arquitecturas efímeras más sobresalientes del seiscientos, especialmente destacada entre las fábricas temporales que, cómo los arcos de triunfo habían constituido los referentes habituales. En esta ocasión se construyó la simulación de una calle, a modo de galería, para cubrir el tramo que se extendía entre el palacio del Buen Retiro y el inicio de la carrera de san Jerónimo, el punto de partida de los reales cortejos hacia el Alcázar atravesando la ciudad.⁵³

Al inicio de la vía recreada “Cuatro bellas y jóvenes, vestidas de ninfas, aguardaban allí a la reina, teniendo flores en cestas para alfombrar el suelo a su paso”,

⁵¹ Isloot, Denis van, Fiestas del Ommegang en Bruselas: procesión de Nuestra Señora de Sablón, 1616, Museo del Prado, número catálogo, P001348, <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/fiestas-del-ommegang-en-bruselas-procesion-de/d0d8752d-b012-45d4-a1b1-93ac07c20c12> Alsloot, Denis van, Fiestas del Ommegang en Bruselas: procesión de gremios, 1616, Museo del Prado, número de catálogo, P001347, <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/fiestas-del-ommegang-en-bruselas-procesion-de/ac223507-e531-4eb6-a600-63d0b91d6dfe>

⁵² ZAPATA, 2002.

⁵³ [Galería de los Reinos] ;[entrada triunfal para M^a Luisa de Orleans], 1681, Biblioteca Nacional España, <https://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000067049>.

evidencia expresa del noble recibimiento que merecía la soberana, agasajada por las musas, al tiempo que una clara sugerencia al estímulo olfativo.⁵⁴

En la sucesión de arcadas que componían la espectacular fábrica temporal, se dispusieron una serie de esculturas alusivas a los territorios que integraban la Monarquía Hispánica. Entre los arcos se colocaron una serie de lienzos que simulaban vergeles y una naturaleza frondosa, que aludía a una realidad ambiental completamente ajena a la fisionomía urbana de la Villa, si bien, concretamente en ese punto, las ficciones funcionaban como una extensión del espacio natural que constituían el Paseo del Prado, cuyos aromas vinculados a la presencia de arboledas, rosales y la propia frescura que aportaba el arroyo que discurría en las inmediaciones, contribuirían a potenciar los olores de las flores y jardines simulados, de la misma manera que lo real y lo ficticio se acompañaban en la propia fábrica efímera, reflejo del habitual juego barroco entre apariencia y realidad.⁵⁵

Como complemento a estas ficciones con las que se conseguía estimular el sentido del olfato desde la observación, especialmente destacados resultaron los ornamentos con los que se remató la galería. Una serie de pebeteros dignificaron la estructura acentuando el carácter ornamental de la fábrica, si bien la presentación de los perfumadores ardiendo, como se vislumbra del humo que irradian, nos lleva a pensar en el uso de hierbas o aceites aromáticos, con los que probablemente se pretendiese, conseguir purificar el ambiente, dotándolo de olores ajenos a la realidad cotidiana y acaso evocar el simbólico aroma del poder y, especialmente en esta ocasión, la virtud de la consorte a través de escogidos perfumes, de manera similar al empleo y función del incienso para evocar conceptos como la santidad. Estos recursos resultaron habituales en este tipo de celebraciones, generando ambientes aromáticos especiales, acordes a los eventos que representaban. En la galería construida en 1701 y dispuesta en el mismo lugar para dignificar la entrada de Felipe V,⁵⁶ se recurrió nuevamente a sahumar el escenario con aromas, si bien estos mecanismos de estimulación olfativa a través de objetos diversos fueron habituales desde épocas pretéritas y no ligados exclusivamente al contexto hispánico.

Con motivo de la entrada triunfal del conde de Leicester a La Haya en enero de 1586, la comitiva pasó bajo las grandiosas arquitecturas efímeras concebidas a manera de arcos de triunfo. El cortejo se convirtió en espectador de excepción de las actuaciones musicales y representaciones teatrales que se concibieron exprofeso para el evento, y que fueron interpretadas a lo largo del recorrido. Resulta verdaderamente destacado el repertorio de elementos que hacen referencia al fuego, como velas y antorchas de modo que la interpelación al olfato, a través de dichos recursos, resulta nuevamente evidente. Similares elementos se emplearon en las celebraciones organizadas para festejar la entrada triunfal del duque de Anjou en Amberes en febrero de 1582.⁵⁷

Un arco triunfal erigido en su honor y emplazado en el puente de San Juan, dignificó su acceso, acompañado por los integrantes de la comitiva. La solemnidad del acontecimiento, como desvela el dosel que cubre al duque, determinando la disposición de los asistentes, le muestra cabalgando hacia la monumental estructura erigida en su honor. Resulta especialmente destacada la presencia de destacados y numerosos cirios

⁵⁴ *Relación del Viaje*, *op. cit.*, 410.

⁵⁵ LOPEZOSA, 2005.

⁵⁶ Arquitectura efímera para una entrada real, <https://bdh.bne.es/bnsearch/detalle/bdh0000018206>.

⁵⁷ Entrada gozosa de Francisco, duque de Anjou (1556-1584), en Amberes con arco triunfal en el puente de San Juan, el 19 de febrero de 1582, <https://www.rijksmuseum.nl/en/collection/SK-A-4867>

coronando la arquitectura efímera, del mismo modo que los barriles ardiendo dispuestos en los postes inmediatos, lo que evidencia la evocación de un ambiente aromático, probablemente con connotaciones alusivas a los aromas del nuevo poder que santifica la ciudad.

Otro de los episodios festivos en los que la estimulación del olfato estuvo presente contribuyendo en este caso, al afianzamiento de la ritualidad derivada de las celebraciones de defunción, fueron las Exequias Reales, la celebración más relevante del protocolo funerario del Antiguo Régimen. Tras la despedida física del cuerpo, se activaban las conmemoraciones públicas, de obligado cumplimiento en los territorios que integraban la monarquía hispánica, como expresión del dolor por la pérdida y adhesión a la corona. Pautadas conforme un estricto protocolo, el grado de magnificencia de los fastos quedaba en manos del promotor. La grandiosidad de los eventos se hacía especialmente visible en los túmulos o catafalcos, las estructuras temporales dispuestas en el interior de los templos. Estas fábricas monumentales, emplazadas bajo la cúpula de la iglesia, servían para acoger alegóricamente al difunto, simbólicamente presente como testimoniaban la corona y el cetro.

Velas, antorchas, sahumeros e incienso crearon los escenarios perfumados asociados en esta ocasión, más al recogimiento que a la devoción. Estaríamos ahora ante los aromas de la eternidad y las fragancias con las que expresar el duelo y la pérdida. Las velas contribuían a expresar la grandeza del túmulo. Los velones de cera dispuestos en diferentes partes del catafalco aludían al paso del tiempo que connotaba la cera derretida, la fugacidad de la vida, pero también el aroma de la introspección ajustada al luto y el olor a santidad propio de las personas regias. Las velas y hachas estuvieron presentes en todas las estructuras, en mayor o menor cantidad, dependiendo fundamentalmente de los recursos económicos y de la relevancia del difunto. Si bien resulta especialmente destacada la presencia de los elementos que dignificaban el catafalco, otros recursos como los sahumadores o pebetes, cuidadosamente dispuestos, generaron el ambiente propicio para evocar la idea de eternidad, a través de las fragancias logradas a partir de la mezcla de aceites y hierbas, con las que despedir y expresar el consiguiente respeto al finado, en un ambiente de profundo recogimiento, ciertamente celestial.

La nariz como vehículo de comunicación sensorial, tuvo un papel fundamental en la percepción de los aromas que integraron los ambientes simbólicos generados en todas las celebraciones, fragancias que permitieron la transmisión de conceptos percibidos a través de los sentidos, resultando especialmente relevante la estimulación del olfato.

Bibliografía

Fuentes Primarias

Ceremonial de Sagradas Ceremonias conforme à la Rubricas del Missal, y Breviario Romano, y Autores clasicos, que se han de observar en la Real Capilla de Señor San Isidro Labrador, Patron de esta Villa de Madrid (1691). Madrid,
<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.5326652028&view=1&pyseq=1&skin=2021> , fol. 9v.

DE HUERTA, Antonio, *Triunfos gloriosos, epitalamios sacros, pomposos y solemnes aparatos aclamacion alegre y ostentosas fiestas que se celebraron año de MDCLXIX en... Madrid, y en el real conuento de San Gil, descalços de la serafica orden, a la canonizacion solemne del... glorioso San Pedro de Alcantara...* Madrid, Bernardo de Villa-Diego, 1670.

DIÁCONO, Juan, *Los milagros de San Isidro* (facsimil del códice) (transcripción de Fidel Fita revisada por Quintín Aldea), Madrid, Academia de Arte e Historia de San Dámaso, Arzobispado de Madrid, 1993.

MONFORTE Y HERRERA, Fernando, *Relación de las fiestas que ha hecho el Colegio Imperial de la Compañía de Jesus de Madrid en la canonizacion de San Ignacio de Loyola, y S. Francisco Xauier/*, Madrid, Luis Sánchez, 1622.

MONFORTE Y HERRERA, Fernando, *Relación de las fiestas que ha hecho el Colegio Imperial de la Compañía de Jesus de Madrid en la canonizacion de San Ignacio de Loyola, y S. Francisco Xauier*, Biblioteca Regional de Madrid, Madrid, 1622.

SÁNCHEZ-JIMÉNEZ, Antonio y LÓPEZ LORENZO, Cipriano, *Lope de Vega y la canonización de San Isidro, Madrid, 1622: estudio y edición de la relación de las fiestas y de las comedias La niñez de san Isidro y La juventud de san Isidro*, Jaén, UJA editorial, 2022.

VEGA Y CARPIO, LOPE de, *Relacion de las Fiestas que la insigne Villa de Madrid hizo en la Canonizacion de su Bienaventurado Hijo y Patron San Isidro: con las comedias que se representaron y los Versos que en la Iusta Poetica se escribieron*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1622.

HERRERA BARNUEVO, Sebastián, *Proyecto para el baldaquino de la capilla de San Isidro, en la iglesia de San Andrés de Madrid (detalle)*, Dibujo sobre papel verjurado amarillent], 1659 Biblioteca Nacional de España. BNE DIB/13/2/80. <https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000019107> [Consulta: 10/02/2025].

HERRERA BARNUEVO, Sebastián, *Ángel arrodillado con incensario* [Pluma, tinta y aguadas pardas sobre papel verjurado amarillento], Biblioteca Nacional de España. BNE DIB/18/1/1685. <https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000183221.jsessionid=7C370A6147C4D64A3F925F275013BF70> [Consulta: 10/02/2025]

Fuentes Secundarias

ALVAR, Alfredo, “Escritura, festejo y memoria: la canonización de San Isidro y los madrileños”, en Ponce, Jesús (ed.), *Lope de Vega y la canonización de San Isidro*, Madrid - Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2022.

AHMED, Sara, *La política cultural de las emociones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

COLTMAN, Vicky, *Material Culture and the History of Art (efacts)*, Londres, Bloomsbury, 2015.

CAMPOS, Francisco, “Fiestas en Madrid por la canonización de San Isidro (1622): Los textos y las emociones”, *Mover el alma: las emociones en la cultura cristiana (siglos IX-XIX)*, Madrid, Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2022.

CORBIN, Alain, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de cultura Económica, 1987.

D'AULNOY, Marie-Catherine, *Relación del Viaje de España*, según edición de G. Mercadal, Madrid, Akal, 1986.

DE AGUINAGA, Enrique, “El códice de Juan Diácono. In San Isidro y Madrid:”, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2011.

- DE LA VEGA, Teresa, “El aroma de los misterios”, *Dialogues d'histoire ancienne*, 25, 2, 1999, 41-54.
- DE LA CAMPA CARMONA, Ramón, “Iglesia y religiosidad española según la Condesa d'Aulnoy (segunda mitad del siglo XVII)”, en *Actas del I Coloquio Internacional. Los extranjeros en la España moderna*, Málaga, Ministerio de Ciencia e Innovación, 2003, 161-174.
- GÓMEZ, José Antonio, “El modelo de la santidad de la Contrarreforma y la construcción de la nación española. Los interrogatorios para la canonización de san Pedro de Alcántara (1499-1562)”, *Archivo iberoamericano*, 74, 279, 2014, 617-666.
- GONZÁLEZ-ROMÁN, Carmen, “Teatralidad y performatividad: perspectivas conceptuales-metodológicas para el análisis de las artes visuales y escénicas de los siglos XVI–XVIII”, *Bulletin of Spanish Visual Studies*, 3, 2, 2019, 175-186.
- GRAU-DIECKMANN, Patricia, “Los perfumes en el cristianismo”, *Mirabilia: Electronic Journal of Antiquity, Middle y Modern Ages*, 3, 5, 2003, 75-92.
- GUIANCE, Ariel, “En olor de santidad: la caracterización y alcance de los aromas en la hagiografía hispana medieval”, *Edad Media: revista de historia*, 10, 2009, 131-161.
- IWASAKI, Fernando, “¡El olor! ¡El olor! Olores de santidad en Lima colonial”, *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, I, 2016, 61-116; <http://dx.doi.org/10.5565/rev/nueind.2>.
- KUKSO, Federico, *Odorama: historia cultural del olor*, Madrid, Taurus, 2019.
- LARREA KILLINGER, Cristina, *La cultura de los olores: una aproximación a la antropología de los sentidos*, Quito, Abya Yala, 1997.
- LÁZARO É IBIZA, Blas, *Plantas medicinales*, Barcelona/Buenos Aires, Sucesores de Manuel Soler, 1905.
- LOPEZOSA APARICIO, Concepción, *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2005.
- LOPEZOSA APARICIO, Concepción, “Fiesta y ciudad. Del regocijo al recogimiento”, en Diego SUÁREZ QUEVEDO, D., LOPEZOSA APARICIO, C. y DÍAZ MORENO, F. (eds.), *Arquitectura y ciudad, memoria e imprenta: Exposición bibliográfica en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 2009, 137-181.
- PONCE CÁRDENAS, Jesús, *Lope de Vega y la canonización de San Isidro. Lope de Vega y la canonización de San Isidro*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2022.
- POVRZANOVIC, Maja y FRYKMAN, Jonas (ed.), *Sensitive objects: Affect and material culture*, Gotemburgo, Kriterium, 2016.
- RAMOS, Olga, “Representaciones de los olores en la ciudad. Experiencias olfativas en la literatura: una lectura sociológica”, *Revista Nodo*, 14, 28, 2020, 8-24.
- SIMÓN DÍAZ, José (ed.), *Relaciones de Actos públicos celebrados en Madrid (1541-1640)*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982.
- ROODEMBURG, Herman (ed.), *A cultural History of the Senses in the Renaissance*, Londres, Bloomsbury, 2024.
- SYNNOTT, Anthony, “Sociología del olor”, *Revista mexicana de sociología*, 65- 2, 2003, 431-464.
- TULLETT, William, “Frankincense”, *Encyclopedia of Smell History and Heritage*, 2023. <https://encyclopedia.odeuropa.eu/items/show/9> [Consulta: 8/04/2024].
- VÁZQUEZ GESTAL, Pablo, “La majestad de los sentidos. Teatro, imágenes y performance en la corte de Carlos II”, *Criticón* [En línea], 140, 2020. <http://journals.openedition.org/criticon/18006> [Consulta: 26/06/2024]. DOI: <https://doi.org/10.4000/criticon.18006>
- ZAPATA FERNÁNDEZ DE LA HOZ, Teresa, *La entrada en la corte de María Luisa de Orleans*, Madrid, Fundación del Arte Hispánico, 2002.

ZARAGOZA BERNAL, Juan Manuel, “Ampliar el marco. Hacia una historia material de las emociones”, *Vínculos de Historia. Revista del Departamento de Historia de la Universidad de Castilla-La Mancha*, 4, 2015, 28-40.

<https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000018206>

<https://www.rijksmuseum.nl/en/collection/SK-A-4867>

<https://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000067049>

<https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/fiestas-del-ommegang-en-bruselas-procesion-de/d0d8752d-b012-45d4-a1b1-93ac07c20c12>

<https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/fiestas-del-ommegang-en-bruselas-procesion-de/ac223507-e531-4eb6-a600-63d0b91d6dfe>

https://www.bibliacatolica.com.br/es/el-libro-del-pueblo-de-dios/apocalipsis/8/#google_vignette